





SINSAJO



SUZANNE COLLINS



# SINSAJO

Traducción de Pilar Ramírez Tello

**MOLINO**

Título original: *Mockingjay*.  
Autora: Suzanne Collins.

© Suzanne Collins, 2010.  
© de la traducción: Pilar Ramírez Tello, 2010.  
© de esta edición, RBA Libros, S.A., 2010.  
Avda. Diagonal, 189 08018 Barcelona.  
rbalibros.com

Adaptación de la cubierta: Compañía.  
Imagen de la cubierta: Sinsajo con diseño original de Tim O'Brien.  
Adaptado por Scholastic UK.

*Primera edición: septiembre de 2010.*  
*Séptima edición: marzo de 2012.*

REF: MONLO71  
ISBN: 978-84-2720-214-6  
DEPÓSITO LEGAL: 5.982-2012

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

*Para Cap, Charlie e Isabel*





Primera parte  
LAS CENIZAS



Me miro los zapatos, veo cómo una fina capa de cenizas se deposita sobre el cuero gastado. Aquí es donde estaba la cama que compartía con mi hermana Prim. Allí estaba la mesa de la cocina. Los ladrillos de la chimenea, que se derrumbaron formando una pila achicharrada, sirven de punto de referencia para moverme por la casa. ¿Cómo si no iba a orientarme en este mar de color gris?

No queda casi nada del Distrito 12. Hace un mes, las bombas del Capitolio arrasaron las casas de los humildes mineros del carbón de la Veta, las tiendas de la ciudad e incluso el Edificio de Justicia. La única zona que se libró de la incineración fue la Aldea de los Vencedores, aunque no sé bien por qué. Quizá para que los visitantes del Capitolio que tuvieran que pasar por aquí sin más remedio contaran con un sitio agradable en el que alojarse: algún que otro periodista; un comité que evaluara las condiciones de las minas; una patrulla de agentes de la paz encargada de atrapar a los refugiados que volvieran a casa...

Pero yo soy la única que ha vuelto, y solo para una breve visita. Las autoridades del Distrito 13 estaban en contra de que lo hiciera, lo veían como una empresa costosa y sin sentido, tenien-

do en cuenta que en estos momentos hay unos doce aerodeslizadores sobre mí, protegiéndome, y ninguna información valiosa que obtener. Sin embargo, tenía que verlo, tanto que lo convertí en una condición indispensable para aceptar colaborar con ellos.

Finalmente, Plutarch Heavensbee, el Vigilante Jefe que había organizado a los rebeldes en el Capitolio, alzó los brazos al cielo y dijo: «Dejadla ir. Mejor perder un día que perder otro mes. Quizá un recorrido por el 12 es lo que necesita para convencerse de que estamos en el mismo bando».

El mismo bando. Noto un pinchazo en la sien izquierda y me la aprieto con la mano; es justo donde Johanna Mason me dio con el rollo de alambre. Los recuerdos giran como un torbellino mientras intento dilucidar qué es cierto y qué no. ¿Cuál ha sido la sucesión de acontecimientos que me ha llevado hasta las ruinas de mi ciudad? Es difícil porque todavía no me he recuperado de los efectos de la conmoción cerebral y mis pensamientos tienden a liarse. Además, los medicamentos que me dan para controlar el dolor y el estado de ánimo a veces me hacen ver cosas. Supongo. Aún no estoy del todo convencida de que alucinara la noche que vi el suelo de la habitación del hospital convertido en una alfombra de serpientes en movimiento.

Utilizo una técnica que me sugirió uno de los médicos: empiezo con las cosas más simples de las que estoy segura y voy avanzando hacia las más complicadas. La lista empieza a darme vueltas en la cabeza:

«Me llamo Katniss Everdeen. Tengo diecisiete años. Mi casa está en el Distrito 12. Estuve en los Juegos del Hambre. Escapé.

El Capitolio me odia. A Peeta lo capturaron. Lo creen muerto. Seguramente estará muerto. Probablemente sea mejor que esté muerto...».

—Katniss. ¿Quieres que baje? —me dice mi mejor amigo, Gale, a través del intercomunicador que los rebeldes me han obligado a llevar. Está arriba, en uno de los aerodeslizadores, observándome atentamente, listo para bajar en picado si algo va mal.

Me doy cuenta de que estoy agachada con los codos sobre los muslos y la cabeza entre las manos. Debo de parecer al borde de un ataque de nervios. Eso no me vale, no cuando por fin empiezan a quitarme la medicación.

Me pongo de pie y rechazo su oferta.

—No, estoy bien.

Para dar más énfasis a la afirmación, empiezo a alejarme de mi antigua casa y me dirijo a la ciudad. Gale pidió que lo soltaran en el 12 conmigo, pero no insistió cuando me negué. Comprende que hoy no quiero a nadie a mi lado, ni siquiera a él. Algunos paseos hay que darlos solos.

El verano ha sido abrasador y más seco que la suela de un zapato. Apenas ha llovido, así que los montones de ceniza dejados por el ataque siguen prácticamente intactos. Mis pisadas los mueven de un lado a otro; no hay brisa que los desperdigue. Mantengo la mirada fija en lo que recuerdo como la carretera, ya que cuando aterricé en la Pradera no tuve cuidado y me di contra una roca. Sin embargo, no era una roca, sino una calavera. Rodó y rodó hasta quedar boca arriba, y durante un buen rato no pude evitar mirarle los dientes preguntándome de quién se-

rían, pensando en que los míos seguramente tendrían el mismo aspecto en circunstancias similares.

Sigo la carretera por costumbre, pero resulta ser una mala elección porque está cubierta de los restos de los que intentaron huir. Algunos están incinerados por completo, aunque otros, quizá vencidos por el humo, escaparon de lo peor de las llamas y yacen en distintas fases de apesosa descomposición, carroña para animales, llenos de moscas. «Yo te maté —pienso al pasar junto a una pila—. Y a ti. Y a ti».

Porque lo hice, fue mi flecha, lanzada al punto débil del campo de fuerza que rodeaba la arena, lo que provocó esta tormenta de venganza, lo que hizo estallar el caos en Panem.

Oigo en mi cabeza lo que me dijo el presidente Snow la mañana que empezábamos la Gira de la Victoria: «Katniss Everdeen, la chica en llamas, ha encendido una chispa que, si no se apaga, podría crecer hasta convertirse en el incendio que destruya Panem». Resulta que no exageraba ni intentaba asustarme. Quizá intentara pedirme ayuda de verdad, pero yo ya había puesto en marcha algo que no podía controlar.

«Arde, sigue ardiendo», pienso, entumecida. A lo lejos, los incendios de las minas de carbón escupen humo negro, aunque no queda nadie a quien le importe. Más del noventa por ciento de la población ha muerto. Los ochocientos restantes son refugiados en el Distrito 13, lo que, por lo que a mí respecta, es como decir que hemos perdido nuestro hogar para siempre.

Sé que no debería pensarlo, sé que debería sentirme agradecida por la forma en que nos han recibido: enfermos, heridos, hambrientos y con las manos vacías. Aun así, no consigo olvi-

darme de que el Distrito 13 fue esencial para la destrucción del 12. Eso no me absuelve, hay culpa para dar y tomar, pero sin ellos no habría formado parte de una trama mayor para derrocar al Capitolio ni habría contado con los medios para lograrlo.

Los ciudadanos del Distrito 12 no poseían un movimiento de resistencia organizada propio, no tenían nada que ver con esto. Les tocó la mala suerte de ser mis conciudadanos. Es cierto que algunos supervivientes creen que es buena suerte librarse del Distrito 12 por fin, escapar del hambre y la opresión, de las peligrosas minas y del látigo de nuestro último jefe de los agentes de la paz, Romulus Thread. Para ellos es asombroso tener un nuevo hogar ya que, hasta hace poco, ni siquiera sabíamos que el Distrito 13 existía.

En cuanto a la huida de los supervivientes, todo el mérito es de Gale, aunque él se resista a aceptarlo. En cuanto terminó el Vasallaje de los Veinticinco (en cuanto me sacaron de la arena), cortaron la electricidad y la señal de televisión del Distrito 12, y la Veta se quedó tan silenciosa que los habitantes escuchaban los latidos del corazón del vecino. Nadie protestó ni celebró lo sucedido en el campo de batalla, pero, en cuestión de quince minutos, el cielo estaba lleno de aerodeslizadores que empezaron a soltar bombas.

Fue Gale el que pensó en la Pradera, uno de los pocos lugares sin viejas casas de madera llenas de polvo de carbón. Llevó a los que pudo hacia allí, incluidas Prim y mi madre. Formó el equipo que derribó la alambrada (que no era más que una inofensiva barrera metálica sin electricidad) y condujo a la gente al bosque. Los guió hasta el único lugar que se le ocurrió, el lago que mi

padre me enseñó de pequeña, y desde allí contemplaron cómo las llamas lejanas se comían todo lo que conocían en este mundo.

Al alba, los bomberos se habían ido, los incendios morían y los últimos rezagados se agrupaban. Prim y mi madre habían montado una zona médica para los heridos e intentaban tratarlos con lo que encontraban por el bosque. Gale tenía dos juegos de arco y flechas, un cuchillo de cazar, una red de pescar y más de ochocientas personas aterradas que alimentar. Con la ayuda de los más sanos, se apañaron durante tres días. Entonces los sorprendió la llegada del aerodeslizador que los evacuó al Distrito 13, donde había alojamientos limpios y blancos de sobra para todos, mucha ropa y tres comidas al día. Los alojamientos tenían la desventaja de estar bajo tierra, la ropa era idéntica y la comida relativamente insípida, pero para los refugiados del 12 eran detalles menores. Estaban a salvo; cuidaban de ellos; seguían vivos y los recibían con los brazos abiertos.

Aquel entusiasmo se interpretó como amabilidad, pero un hombre llamado Dalton, un refugiado del Distrito 10 que había logrado llegar al 13 a pie hacía algunos años, me contó el verdadero motivo: «Te necesitan. Me necesitan. Nos necesitan a todos. Hace un tiempo sufrieron una especie de epidemia de varicela que mató a bastantes y dejó estériles a muchos más. Ganado para cría, así es como nos ven». En el 10 trabajaba en uno de los ranchos de ganado conservando la diversidad genética de las reses con la implantación de embriones de vaca congelados. Seguramente tiene razón sobre el 13, porque no se ven muchos niños por allí, pero ¿y qué? No nos encierran en corrales, nos forman para trabajar y los niños van a la escuela. Los que tienen más de



catorce años han recibido rangos militares y se dirigen a ellos respetuosamente, llamándolos «soldados». Todos los refugiados han recibido automáticamente la ciudadanía.

Sin embargo, los odio. Aunque, claro, ahora odio a casi todo el mundo. Sobre todo a mí.

La superficie que piso se vuelve más dura y, bajo la capa de cenizas, noto los adoquines de la plaza. Alrededor del perímetro hay un borde de basura donde antes estaban las tiendas. Una pila de escombros ennegrecidos ocupa el lugar del Edificio de Justicia. Me acerco al sitio donde creo que estaba la panadería de la familia de Peeta; no queda mucho, salvo el bulto fundido del horno. Los padres de Peeta, sus dos hermanos mayores..., ninguno llegó al 13. Menos de una docena de los que antes eran los más pudientes del Distrito 12 escaparon del incendio. En realidad, a Peeta no le queda nada aquí. Salvo yo...

Retrocedo para alejarme de la panadería, tropiezo con algo, pierdo el equilibrio y me encuentro sentada en un pedazo de metal calentado por el sol. Me pregunto qué sería antes, hasta que recuerdo una de las recientes renovaciones de Thread en la plaza: cepos, postes para latigazos y esto, los restos de la horca. Malo. Esto es malo. Me trae las imágenes que me atormentan, tanto despierta como dormida: Peeta torturado por el Capitolio (ahogado, quemado, lacerado, electrocutado, mutilado, golpeado) para sacarle una información sobre los rebeldes que él desconoce. Aprieto los ojos con fuerza e intento llegar a él a través de cientos de kilómetros de distancia, enviarle mis pensamientos, hacerle saber que no está solo. Pero lo está, y yo no puedo ayudarlo.

Salgo corriendo. Me alejo de la plaza y voy al único lugar que no ha destruido el fuego. Paso junto a las ruinas de la casa del alcalde, donde vivía mi amiga Madge. No sé nada de ella ni de su familia. ¿Los evacuaron al Capitolio por el cargo de su padre o los abandonaron a las llamas? Las cenizas se levantan a mi alrededor, así que me subo el borde de la camiseta para taparme la boca. No me ahoga pensar en lo que estoy respirando, sino pensar en a quién estoy respirando.

La hierba está achicharrada y la nieve gris también cayó aquí, pero las doce bellas casas de la Aldea de los Vencedores están intactas. Entro rápidamente en la casa en la que viví el año pasado, cierro la puerta de golpe y me apoyo en ella. Parece que no ha cambiado nada. Está limpia y el silencio resulta escalofriante. ¿Por qué he vuelto al 12? ¿De verdad me va a ayudar esta visita a responder a la pregunta de la que no puedo huir?

«¿Qué voy a hacer?», susurro a las paredes, porque yo no tengo ni idea.

Todos me hablan, hablan, hablan sin parar. Plutarch Heavensbee, su calculadora ayudante Fulvia Cardew, un batiburrillo de líderes de los distritos, dirigentes militares..., pero no Alma Coin, la presidenta del 13, que se limita a mirar. Tiene unos cincuenta años y un pelo gris que le cae sobre los hombros como una sábana. Su pelo me fascina por ser tan uniforme, por no tener ni un defecto, ni un mechón suelto, ni siquiera una punta rota. Tiene los ojos grises, aunque no como los de la gente de la Veta; son muy pálidos, como si les hubieran chupado casi todo el color. Son del color de la nieve sucia que estás deseando que se derrita del todo.

Lo que quieren es que asuma por completo el papel que me han diseñado: el símbolo de la revolución, el Sinsajo. No basta con todo lo que he hecho en el pasado, con desafiar al Capitolio en los Juegos y despertar a la gente. Ahora tengo que convertirme en el líder real, en la cara, en la voz, en la personificación de la revuelta. La persona con la que los distritos (la mayoría en guerra abierta contra el Capitolio) pueden contar para incendiar el camino hacia la victoria. No tendré que hacerlo sola, tienen a un equipo completo de personas para arreglarme, vestirme, escribir mis discursos y orquestar mis apariciones (como si todo eso no me sonara horriblemente familiar), y yo solo tengo que representar mi papel. A veces los escucho y a veces me limito a contemplar la línea perfecta del pelo de Coin y a intentar averiguar si es una peluca. Al final salgo de la habitación porque la cabeza me duele, porque ha llegado la hora de comer o porque, si no salgo al exterior, podría ponerme a gritar. No me molesto en decir nada, simplemente me levanto y me voy.

Ayer por la tarde, cuando cerraba la puerta para irme, oí a Coin decir: «Os dije que tendríamos que haber rescatado primero al chico». Se refería a Peeta, y no podría estar más de acuerdo con ella. Él sí que habría sido un portavoz excelente.

Y, en vez de eso, ¿a quién pescaron en la arena? A mí, que no quiero cooperar. Y a Beetee, el inventor del 3, a quien apenas veo porque lo llevaron al departamento de desarrollo armamentístico en cuanto pudo sentarse. Literalmente, empujaron su cama con ruedas hasta una zona de alto secreto y ahora solo sale de vez en cuando para comer. Es muy listo y está muy dispuesto a colaborar con la causa, pero no tiene mucha madera de insti-

gador. Luego está Finnick Odair, el *sex symbol* del distrito pescador que mantuvo vivo a Peeta en la arena cuando yo no podía. A él también quieren transformarlo en un líder rebelde, aunque primero tendrán que conseguir que permanezca despierto durante más de cinco minutos. Incluso cuando está consciente, tienes que decirle las cosas tres veces para que le lleguen al cerebro. Los médicos dicen que es por la descarga eléctrica recibida en la batalla, pero yo sé que es bastante más complicado. Sé que Finnick no puede centrarse en nada de lo que sucede en el 13 porque intenta con todas sus fuerzas ver lo que sucede en el Capitolio con Annie, la chica loca de su distrito, la única persona a la que ama en este mundo.

A pesar de tener serias reservas, tuve que perdonar a Finnick por su parte en la conspiración que me trajo hasta aquí. Al menos él entiende un poco por lo que estoy pasando. Además, hace falta mucha energía para permanecer enfadada con alguien que llora tanto.

Me muevo por la planta baja con pasos de cazadora, reacia a hacer ruido. Recojo algunos recuerdos: una foto de mis padres en su boda, un lazo azul para Prim, y el libro familiar de plantas medicinales y comestibles. El libro se abre por una página con flores amarillas y lo cierro rápidamente, ya que las pintó el pincel de Peeta.

«¿Qué voy a hacer?»

¿Tiene sentido hacer algo? Mi madre, mi hermana y la familia de Gale están por fin a salvo. En cuanto al resto del 12, o están muertos, lo que es irreversible, o protegidos en el 13. Eso deja a los rebeldes de los distritos. Obviamente, odio al Capitolio, pero

no creo que convertirme en el Sinsajo beneficie a los que intentan derribarlo. ¿Cómo voy a ayudar a los distritos si cada vez que me muevo consigo que alguien sufra o muera? El hombre al que dispararon en el Distrito 11 por silbar; las repercusiones en el 12 cuando intervine para que no azotaran a Gale; mi estilista, Cinna, al que sacaron a rastras, ensangrentado e inconsciente, de la sala de lanzamiento antes de los Juegos. Las fuentes de Plutarch creen que lo mataron durante el interrogatorio. El inteligente, enigmático y encantador Cinna está muerto por mi culpa. Aparto la idea porque es demasiado dolorosa para detenerse en ella sin perder mi ya de por sí frágil control de la situación.

«¿Qué voy a hacer?»

Convertirme en el Sinsajo... ¿Supondría más cosas buenas que malas? ¿En quién puedo confiar para que me ayude a responder a esa pregunta? Sin duda, no en la gente del 13. Lo juro, ahora que mi familia y la de Gale están a salvo, no me importaría huir. Sin embargo, me queda un trabajo inacabado: Peeta. Si supiera con certeza que está muerto, desaparecería en el bosque sin mirar atrás. Sin embargo, hasta que lo haga, estoy bloqueada.

Me vuelvo al oír un bufido. En la entrada de la cocina, con el lomo arqueado y las orejas aplastadas, se encuentra el gato más feo del mundo.

—*Buttercup*.

Miles de personas muertas, pero él ha sobrevivido e incluso parece bien alimentado. ¿De qué? Puede entrar y salir de la casa por una ventana que siempre dejamos entornada en la despensa. Habrá estado comiendo ratones de campo; me niego a considerar la alternativa.

Me agacho y le ofrezco una mano.

—Ven aquí, chico.

No es probable, está furioso por su abandono. Además, no le ofrezco comida, y mi habilidad para proporcionarle sobras siempre ha sido lo único que me daba puntos ante él. Durante un tiempo, cuando los dos nos encontrábamos en la vieja casa porque a ninguno nos gustaba la nueva, creí que nos habíamos unido un poquito. Está claro que se acabó el vínculo. Se limita a parpadear, cerrando sus desagradables ojos amarillos.

—¿Quieres ver a Prim? —le pregunto.

El sonido le llama la atención, ya que es la única palabra que significa algo para él aparte de su propio nombre. Deja escapar un maullido oxidado y se acerca, así que lo recojo del suelo, lo acaricio, me acerco al armario, saco la bolsa de caza y lo meto dentro sin más ni más. No tengo otra forma de transportarlo en el aerodeslizador, y mi hermana le tiene muchísimo aprecio al bicho. Por desgracia, su cabra, *Lady*, un animal que sí que valía algo, no ha aparecido.

Oigo en el intercomunicador a Gale diciéndome que tenemos que volver, pero la bolsa de caza me ha recordado otra cosa que quería recuperar. La cuelgo en el respaldo de una silla y subo corriendo las escaleras en dirección a mi dormitorio. Dentro del armario está la chaqueta de cazador de mi padre. Antes del Vassallaje la traje aquí desde la casa vieja pensando que su presencia consolaría a mi madre y a mi hermana cuando muriese. Si no la hubiera traído, habría acabado convertida en cenizas.

El suave cuero me reconforta y, durante un instante, me calman los recuerdos de las horas pasadas bajo ella. Entonces, sin

razón aparente, empiezan a sudarme las manos y una extraña sensación me sube por la nuca. Me vuelvo para observar el cuarto, pero está vacío; todo está en su sitio, no se oye nada alarmanante. ¿Qué es, entonces?

Me pica la nariz. Es el olor: empalagoso y artificial. Una mancha blanca asoma del jarrón lleno de flores secas que hay sobre mi cómoda. Me acerco con precaución y allí, apenas visible entre sus protegidas primas, hay una rosa blanca recién cortada. Perfecta hasta la última espina y el último pétalo de seda.

Y sé al instante quién me la ha enviado.

El presidente Snow.

Cuando empiezo a sentir arcadas por el hedor, retrocedo y me largo. ¿Cuánto tiempo lleva aquí? ¿Un día? ¿Una hora? Los rebeldes revisaron la Aldea de los Vencedores antes de que me permitieran venir; buscaban explosivos, micrófonos o cualquier cosa extraña, pero quizá la rosa no les pareció digna de mención. A mí sí.

Bajo las escaleras y cojo la bolsa de la silla dejando que rebote en el suelo, hasta que recuerdo que está ocupada. Una vez en la entrada hago señales como loca al aerodeslizador, mientras *Buttercup* se retuerce en su encierro. Le doy un codazo, cosa que no sirve más que para enfurecerlo. El vehículo se materializa sobre mí y deja caer una escalera. Me subo a ella y la corriente me paraliza hasta que llego a bordo.

Gale me ayuda a bajar de la escalera.

—¿Estás bien?

—Sí—respondo, y me limpio el sudor de la cara con la manga.

Quiero gritar que Snow me ha dejado una rosa, pero no estoy

segura de que sea buena idea compartir la información con alguien como Plutarch delante. En primer lugar, porque me haría sonar como una loca, como si me lo hubiera imaginado, lo cual es posible, o como si reaccionara exageradamente, lo que me supondría un billete de vuelta a la tierra farmacéutica de los sueños de la que estoy intentando salir. Nadie lo entenderá del todo, no entenderán que no es solo una flor, ni siquiera una flor del presidente Snow, sino una promesa de venganza; no había nadie en el estudio con nosotros cuando me amenazó antes de la Gira de la Victoria.

Esa rosa blanca como la nieve colocada en mi cómoda es un mensaje personal para mí. Significa que tenemos un asunto inacabado. Susurra: «Puedo encontrarte, puedo llegar hasta ti, quizá te esté observando en estos precisos instantes».